

## PRIMERA PARTE

# Swing en casa del Mayor

### CAPÍTULO I

COMO QUERÍA HACER LAS COSAS CORRECTAMENTE, el Mayor decidió que aquella vez sus aventuras empezarían en el preciso instante en que se encontrara con Zizanie.

Hacía un tiempo espléndido. El jardín se erizaba de flores recién eclosionadas, cuyas conchas formaban en los senderos una alfombra que crujía bajo los pies. Un gigantesco rascachico de los Trópicos cubría con su densa sombra la esquina formada por el encuentro entre los muros sur y norte del suntuoso parque que rodeaba la mansión —una de las múltiples mansiones del Mayor. En aquel ambiente íntimo, al canto del secular cuclillo, aquella misma mañana, Anticoche Tambretambre, brazo derecho del Mayor, había instalado el banco de madera de cacucha de vaca pintada de verde que solía utilizarse en aquel tipo de ocasiones. ¿Y de qué ocasión

se trataba? Ha llegado el momento de decirlo: estábamos en el mes de febrero, en plena canícula, y el Mayor estaba a punto de cumplir los veintiún años. Así que daba una surprise-party en su casa de Ville-d'Avrille.

## CAPÍTULO II

En Antioche recaía la entera responsabilidad de la organización de la fiesta. Tenía gran costumbre en este tipo de diversiones, cosa que, unida a un notable entrenamiento en el arte de consumir sin daño alguno hectolitros de bebidas fermentadas, lo designaba mejor que a cualquier otro para la preparación de la surprise-party. La casa del Mayor se prestaba perfectamente a los designios de Antioche, que quería dar a dicha fiesta un esplendor deslumbrante. Antioche lo tenía todo previsto. Un tocadiscos de catorce lámparas, dos de ellas de acetileno, por si los apagones, presidía, instalado por él, el gran salón del Mayor, ricamente decorado con esculturas colocadas sobre glándulas endocrinas que el profesor Marcadet-Balagny, famoso profesor del Instituto Condorcet, mandaba fabricar en la Enfermería Especial del Depósito especialmente para sus dos colegas. En la gran estancia, acondicionada para la ocasión, sólo quedaban algunos sofás cubiertos con piel de narvik lustra-

da que despedía reflejos rosa bajo los rayos del sol, que ya calentaba lo suyo. Véanse además dos mesas rebosantes de golosinas: pirámides de pasteles, cilindros de fonógrafo, cubos de hielo, triángulos masónicos, cuadrados mágicos, altas esferas políticas, conos, arroz, etc. Botellas de nansú tunecino se codeaban con frascos de tocado, ginebra Fúnebre (de Treport), whisky Lapupacé, vino Ordener, vermut de Turingia, y tantas bebidas delicadas que resultaba difícil aclararse. Los vasos de cristal bronceado dispuestos en prietas filas delante de las botellas estaban dispuestos a recibir las mixturas astringentes que Antioche se disponía a componer. Unas flores adornaban las lámparas y sus penetrantes aromas casi hacían girar los ojos, de tanto como impresionaba su imprevista fragancia. Las había elegido Antioche, como todo. Finalmente, montones de discos, dispuestos en altas pilas tornasoladas, con superficies de simétricos reflejos triangulares, esperaban, llenos de indiferencia, el momento en que la aguja del pickup, desgarrando su epidermis con aguda caricia, arrancaría de su alma espiralada el clamor que llevaban aprisionado en lo más hondo de sus negros surcos.

Allí estaba en particular *Chant of the Booster*, de Mildi Kennington, y *Garg Arises often down South*, interpretado por Krüger y sus Boers...